

García-Lozano es muy prolijo en detalles, lo que es de agradecer y acredita su trabajo como la obra de referencia para otras investigaciones relativas a un sinnúmero de propuestas sobre cada uno de los proyectos aquí abordados. Además, el corpus gráfico que incluye el libro es muy útil y demuestra, con claridad, las tesis desarrolladas por el autor. El apartado bibliográfico, pertinente y con numerosas e interesantes referencias incluidas a lo largo del texto, ha podido ser recopilado, al menos al final del volumen, en formato de “bibliografía seleccionada”.

En definitiva, el trabajo de García-Lozano constituye, a nivel nacional, un importante aporte en el estudio de la arquitectura religiosa contemporánea, junto a las pinturas, esculturas y demás piezas artísticas que sirvieron para decorarla y amueblarla.

FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ BURRIEZA  
Universidad de Valladolid  
[franciscojavier.dominguez@uva.es](mailto:franciscojavier.dominguez@uva.es)

**José Miguel Merino de Cáceres y María José Martínez Ruiz: *De Fuentidueña a Manhattan. Patrimonio y diplomacia en España (1952-1961)*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2023, 392 pp.**

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC BY 4.0\)](#) / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC BY 4.0\)](#)  
DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.89.2023.390-394>

Cualquier curioso que visita las salas de pintura medieval del Museo Nacional del Prado o que rastrea sus colecciones en su página web puede ver, si es que le interesan los aspectos técnico-jurídicos de las colecciones museísticas, que los seis fragmentos que allí se exhiben de las pinturas murales románicas de la ermita de San Baudelio, en el término de Casillas de Berlanga (Soria), cuyo expolio, bien conocido, provocó su dispersión a principios del siglo XX, se encuentran en el Prado en calidad de “depósito temporal indefinido” del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Esta expresión le provocará, sin duda, extrañeza: si es un depósito temporal, no puede ser indefinido, incluso aun cuando no se haya establecido una fecha de término para el mismo, y, si es un depósito indefinido, entonces no es un depósito, sino una cesión. En realidad, es muy probable que, a estas alturas, nuestro curioso esté al tanto de lo que se esconde detrás de este oxímoron: el intercambio efectuado en 1957-1958 bajo los auspicios del gobierno español de los murales sorianos por el ábside de la iglesia románica de San Martín de la localidad segoviana de Fuentidueña, que fue trasladado a los Estados Unidos e instalado en The Cloisters, la sección de arte medieval del Met. Este despojo es, asimismo, bien conocido: aunque se llevó a cabo con la máxima discreción, la envergadura de la operación fue tal que acabó por trascender a la prensa (eso sí, una vez consumada y convenientemente edulcorada) y entró en la literatura académica en 1961, el mismo año en que el ábside de Fuentidueña fue inaugurado en su nuevo

emplazamiento en Nueva York, de manera triunfal en Estados Unidos en un monográfico del *The Metropolitan Museum of Art Bulletin* y con comedidas críticas en España, dado el contexto, en el libro *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos* de Juan Antonio Gaya Nuño, en el que se censuraba a quienes habían hecho posible la operación.

El de Fuentidueña no fue, ni mucho menos, el primer caso en que una construcción completa o una porción significativa de la misma entró en el mercado de arte, procediéndose a su desmontaje y a su deslocalización, pero sí resulta único y extraordinario, aparte de por su avanzada cronología, por haber afectado a un inmueble que contaba desde 1931 con la declaración de monumento nacional y por haberse llevado a cabo con la complicidad de las mismas autoridades que deberían haber velado por su adecuada conservación *in situ*. Todo esto se explica en un contexto histórico muy determinado: la España de la década de 1950 que estaba saliendo de la autarquía y que estaba buscando su lugar en el nuevo orden mundial de la mano de los Estados Unidos. Precisamente, el libro que nos ofrecen José Miguel Merino de Cáceres, de la Universidad Politécnica de Madrid, y María José Martínez Ruiz, de la Universidad de Valladolid, profundiza en este contexto y, sobre todo, reconstruye minuciosamente todo el proceso, desde que los norteamericanos repararon en el ábside de Fuentidueña en 1935 hasta que este pudo ser inaugurado en su nueva ubicación en The Cloisters en 1961. Los dos investigadores, que nos ofrecieron ya un amplio panorama del trapicheo de obras de arte entre España y Estados Unidos en su conocido libro *La destrucción del patrimonio artístico español. W. R. Hearst: "el gran acaparador"*, publicado por Ediciones Cátedra en 2012, nos ofrecen ahora un detallado estudio de caso cuya virtud se fundamenta en la cantidad y en la calidad de las fuentes empleadas, procedentes de uno y de otro lado del Atlántico. Se trata, en su mayoría, de fuentes archivísticas inéditas y, en muchos casos, confidenciales hasta fechas recientes. Entre los fondos empleados se encuentran los archivos del Metropolitan Museum of Art, del Museo Nacional del Prado, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la Real Academia de la Historia, de la Fundación Rodríguez-Acosta... pero también el Archivo General de la Administración o el archivo personal de Luis Felipe de Peñalosa, a la sazón delegado territorial de Bellas Artes en la provincia de Segovia y testigo triste e impotente de todo el proceso. Este fondo lo custodia su sobrino y coautor del libro José Miguel Merino de Cáceres, que lo dedica a su memoria. Gran parte de esta documentación está en inglés: los autores nos la ofrecen traducida, pero, o bien en notas al pie, o bien, si su extensión así lo aconseja, en el apéndice documental final, los autores nos ofrecen, asimismo, su tenor original para que no perdamos ninguno de los matices que se pierden inevitablemente en toda traducción. Parte de esta documentación es de carácter epistolar, lo que, por su carácter más íntimo, incluso en aquellos casos en que se trata de correspondencia formal, le confiere un especial encanto e interés.

Prologa el libro Fernando Marías y, tras los obligados agradecimientos y presentación, su discurso se inicia con un capítulo primero de carácter introductorio sobre la fascinación estadounidense por la arquitectura medieval europea, en el que los autores repasan figuras y casos bien conocidos. Cabe entender los capítulos segundo y tercero como un elenco de *dramatis personae* en el que se nos van presentando sucesivamente a todos los protagonistas del *affaire* Fuentidueña. En primer lugar, John

D. Rockefeller Jr. (1874-1960), el magnate norteamericano que promovió la creación de The Cloisters, inaugurados en 1938. En 1935 un agente parisino le ofreció el ábside de Fuentidueña diciéndole que era francés y que sería fácil de obtener. Arthur Kingsley Porter, que había estudiado el ábside de Fuentidueña, le sacó del error y le dijo que era español, pero esto no evitó que Rockefeller se encaprichara con él y pugnara por obtenerlo para el museo que estaba promoviendo. En segundo lugar, James J. Rorimer (1905-1966), el conservador de arte medieval del Met que fue el responsable de dar forma a The Cloisters y que acabaría siendo Director de la institución entre 1955 y 1966. Su perseverancia hizo posible que se cumplieran los deseos de Rockefeller una vez pasadas la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, en la que actuó como uno de los Monuments Men. En tercer lugar, The Cloisters, un museo singular por el protagonismo que cobran en él las arquitecturas medievales europeas deslocalizadas. Y, finalmente, en cuarto lugar, la iglesia de San Martín de Fuentidueña, vestigio de un pasado de mayor esplendor que únicamente conservaba en pie su ábside y que acogía el cementerio de la localidad.

El capítulo cuarto (“Crónica de un despojo”, pp. 121-266) constituye el núcleo del libro: por eso es por lo que comprende casi la mitad de su extensión, descontados preliminares, apéndice documental, bibliografía e índices. En él se nos cuenta con todo detalle el proceso seguido desde que el ábside de Fuentidueña fue ofrecido a Rockefeller en 1935 hasta que fue inaugurado en The Cloisters en 1961. Este largo capítulo está entreverado de generosas transcripciones de documentos: puede que alguno las juzgue excesivas, pero el escuchar a los protagonistas en primera persona resulta verdaderamente impagable. De la mano de estos documentos el relato adquiere en ocasiones las trazas de una novela epistolar, y podemos decir que es, en cualquier caso, una novela policiaca, sin dejar por ello de ser un estudio histórico-artístico del máximo rigor (es más: siendo precisamente por ello un estudio histórico artístico del máximo rigor). El relato se ve enriquecido por la cuidada selección de las imágenes que lo acompañan. En este capítulo conocemos las primeras y abortadas gestiones de 1935, la visita de Rorimer a Fuentidueña de 1951 y la reanudación de las gestiones, esta vez por la vía diplomática, de 1952. Conocemos, asimismo, la búsqueda de una fórmula que hiciera posible la transacción, la actuación cuestionable de Manuel Gómez-Moreno y las presiones a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y a la Real Academia de la Historia para que diesen su visto bueno a una decisión que había sido tomada ya desde arriba: en la primera el arquitecto César Cort emitió un duro voto particular denunciando que se trataba de una venta que se pretendía disfrazar de intercambio. Conocemos, asimismo, las miserias de los intermediarios y comisionistas, así como la desconsideración hacia las instancias segovianas. Se narra finalmente todo el proceso de desmontaje, traslado y remontaje del ábside, que culminó con su inauguración en su nuevo y definitivo emplazamiento el 1 de junio de 1961 en un acto solemne presidido por el gobernador del estado de Nueva York, Nelson A. Rockefeller (hijo de John D. Rockefeller Jr., que, fallecido unos meses antes, no llegó a ver culminado su empeño), y por el embajador de España. El desmontaje fue efectuado cuidadosamente por Alejandro Ferrant y fue supervisado, por parte del Met, por la hija de Manuel Gómez-Moreno. Los autores insisten una y otra vez en que la migración del ábside de Fuentidueña fue una decisión política que se tomó, de acuerdo con los intereses de la dictadura de Franco, forzando la legislación vigente: se vistió de

intercambio cultural y se presentó bajo la figura jurídica del depósito, que, dadas las características del objeto, resulta irreal. Los autores son, asimismo, críticos con algunos aspectos del remontaje del ábside y de su musealización.

Tras el clímax que supone el capítulo cuarto, el capítulo siguiente, el quinto, muestra cómo la migración del ábside de Fuentidueña a los Estados Unidos no fue un caso aislado en la España de los años cincuenta del siglo XX, aunque fuera, sin duda, el más notable por su condición arquitectónica (y, por lo tanto, por sus dimensiones) y por su condición de monumento nacional. Algunas operaciones no prosperaron, especialmente las que afectaban a inmuebles (iglesia románica de Santa Eufemia de Cozuelos y claustro renacentista de un monasterio cisterciense que los autores identifican plausiblemente con el de Melón), pero otras sí, como las que implicaron a las tablas de Juan de Flandes del retablo mayor de la iglesia de San Lázaro de Palencia o al apostolado del Greco de la iglesia de Almadrones (Guadalajara). Los autores nos exponen las estrategias desplegadas para que estas operaciones pudieran salir adelante. Pero la incomodidad causada por el *affaire* Fuentidueña acabó teniendo un efecto positivo: cuando en 1959 el Met envió a Olga Raggio a estudiar el castillo-palacio de Vélez-Blanco con vistas a la reconstrucción de su patio renacentista en su sede principal de la Quinta Avenida, el Met intentó hacerse con las piezas que habían quedado en el pueblo. El expediente, que se remitió al Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, se cerró con la respuesta del comisario general de este organismo, Gabriel Alomar, en la que el 31 de julio de 1963 dijo de manera lapidaria y con un lenguaje que evoca ¿involuntariamente? el del parte de guerra del 1 de abril de 1939: “la época en que se exportaba el patrimonio artístico Español ha terminado” (pp. 302-303). Cierra el libro el capítulo sexto, que trata sobre la situación actual del ábside segoviano en Nueva York y de los murales sorianos en Madrid y sobre las iniciativas que está desarrollando la Asociación Cultural Amigos de Fuentidueña, que reclama “una compensación justa”. En el modo de epílogo con el que concluye el libro los autores reivindican la memoria de los que se opusieron a la operación, especialmente el ya mencionado César Cort, pero también Leopoldo Torres Balbás desde la Real Academia de la Historia y Luis Felipe de Peñalosa y Contreras desde la Comisión Provincial de Monumentos de Segovia, y recapitulan lo que ha sido todo su discurso y afán: desmontar la versión oficial del traslado del ábside de la iglesia de San Martín de Fuentidueña a Nueva York para contar, a cambio, su verdadera historia e intrahistoria, esta ligada a unas circunstancias sociopolíticas que Luis García Berlanga retratará magistralmente en su película *Bienvenido, Mister Marshall* (1953), cuyas citas afloran como un bajo continuo a lo largo de las páginas del libro.

Por desgracia, ya no podremos disfrutar de más colaboraciones entre José Miguel Merino de Cáceres y María José Martínez Ruiz. Algunos días antes de empezar a escribir estas líneas la muerte llamó a la puerta del insigne arquitecto segoviano, por lo que, en este punto, una reseña se ve forzada a vestirse de luto y a convertirse, muy a su pesar, en un amago de obituario. Quien escribe estas líneas no es, desde luego, el más autorizado para escribirlo: solo puede recordar su magisterio en la década de 1990 en los cursos que se celebraban regularmente entonces en Ávila, en la Fundación Cultural Santa Teresa, en torno al magisterio de la figura venerada de Fernando Chueca Goitia, y evocar su recuerdo entre la tristeza, la nostalgia y la toma de conciencia la

transitoriedad y la fugacidad de la vida al darse cuenta de que casi todos sus protagonistas de entonces ya no están entre nosotros. El libro sobre Fuentidueña, en el que vertió todo su interés por una obra especialmente querida para él, es un digno broche de oro a una amplia carrera como arquitecto, como restaurador, como historiador, como estudioso del patrimonio y, en definitiva, como defensor del patrimonio.

FERNANDO GUTIÉRREZ BAÑOS  
Universidad de Valladolid  
[fbanos@uva.es](mailto:fbanos@uva.es)